

THE HORUS HERESY®

Dan Abnett

COMIENZA TU SERIE
6,95
€
minotauro

HORUS, SEÑOR DE LA GUERRA

Las semillas de la herejía



minotauro

LA HEREJÍA DE HORUS

HORUS
SEÑOR DE LA GUERRA

Dan Abnett

minotauro

Título original: *Horus Rising*
Traducción: Gemma Gallart

Ilustración de cubierta: Neil Roberts

Horus Rising, *Horus, Señor de la Guerra*, GW, Games Workshop, Warhammer y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o ™ y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2006 por Black Library Games Workshop Limited., Willow Road, Nottingham, NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2006

© De la traducción Games Workshop Limited. 2010. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2006
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-1064-8
Preimpresión: gama, sl
Depósito legal: B. 7.181-2021
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

PRIMERA PARTE

LOS ENGAÑADOS

Yo estaba allí el día que Horus mató al Emperador...

UNO

Sangre derramada por un malentendido Nuestros hermanos que se hallan en la ignorancia La muerte del Emperador

«Yo estaba allí —acostumbraba a decir después, hasta que después se convirtió en un tiempo que no producía ninguna risa—. Yo estaba allí, el día que Horus mató al Emperador.» Era una presunción deliciosa, y sus camaradas reían entre dientes ante la total deslealtad que ello implicaba.

La historia era buena, y era Torgaddon quien por lo general se encargaba de engatusarlo para que la contara, pues Torgaddon era un bromista, un hombre de risa contundente y jugarretas estúpidas. Y Loken volvía a contarlo, un relato referido tantísimas veces, que casi se contaba solo.

Loken siempre se aseguraba de que su público comprendía adecuadamente la ironía de su historia. Probablemente sentía cierta vergüenza respecto a su complicidad en el asunto, ya que se trataba de un caso de sangre derramada por un malentendido. Existía una gran tragedia implícita en el relato del asesinato del Emperador, una tragedia que Loken siempre quería que sus oyentes apreciaran. Pero la muerte de Sejanus era, por lo general, todo lo que fijaba la atención de éstos.

Eso, y la ingeniosa culminación.

Había sido, hasta donde los horólogos dilatados por la disformidad eran capaces de atestiguar, el año doscientos tres de la Gran Cruzada. Loken siempre situaba su historia en el lugar y tiempo apropiados. El comandante llevaba aproximadamente un año como señor de la guerra, desde la triunfal conclusión de la campaña de Ullanor, y estaba ansioso por confirmar su recién adquirida posición, en especial a los ojos de sus hermanos.

Señor de la guerra. Vaya título. El traje era nuevo todavía y resultaba artificial; no se había acostumbrado a él.

Era un tiempo extraño para estar lejos entre las estrellas. Llevaban dos siglos haciendo aquello, pero en esos momentos daba la sensación de ser algo ajeno. Era un principio de cosas. Y también un final.

Las naves de la Sexagésimo Tercera Expedición dieron con el Imperio por casualidad. Una repentina tormenta etérea, que más tarde Maloghurst declaró providencial, obligó a una alteración del rumbo, y los transportó a las fronteras de un sistema compuesto por nueve mundos.

Nueve mundos que describían círculos alrededor de un sol amarillo.

Al detectar la multitud de amenazantes naves de guerra estacionadas en los bordes exteriores del sistema, el Emperador exigió en primer lugar saber su ocupación y orden del día. A continuación corrigió concienzudamente lo que consideró como errores variopintos de su respuesta.

Acto seguido exigió lealtad.

Era, explicó, el Emperador de la Humanidad y había guiado estoicamente a su gente a través de la espantosa época de las tormentas de disformidad, durante la Era de los Conflictos, manteniendo con firmeza el gobierno y la ley del hombre. Era lo que se esperaba de él, declaró. Había mantenido la llama de la cultura humana encendida durante el penoso aislamiento de la Vieja Noche; había preservado aquel fragmento precioso y vital, y lo había mantenido intacto, hasta que llegara el momento en que la desperdigada diáspora de la humanidad volviera a establecer contacto. Le alegraba que tal momento fuera inminente ya. Su alma daba brincos al ver cómo las naves huérfanas regresaban al corazón del Imperio. Todo estaba listo y aguardando. Todo se había conservado. Acogería a los huérfanos en su seno y entonces se iniciaría el gran proyecto de la reconstrucción, y el Imperio de la Humanidad se extendería de nuevo por las estrellas, como era su derecho inalienable.

En cuanto le demostraran la lealtad debida como emperador de la Humanidad.

El comandante, más bien divertido según el decir general, envió a Hastur Sejanus a reunirse con el Emperador y transmitirle sus saludos.

Sejanus era el favorito del comandante. No tan orgulloso o irascible como Abaddon, ni tan despiadado como Sedirae, ni tampoco tan sólido y venerable como Iacton Quuze, Sejanus era el capitán perfecto, uniformemente templado en todos los aspectos. Un guerrero y un diplomático en igual medida, el expediente militar de Sejanus, superado únicamente por el de Abaddon, se olvidaba fácilmente al estar en compañía del hombre en persona. Un hombre encantador, decía Loken, fundamentando su relato, un hombre encantador al que todos adoraban.

—No existía nadie a quien quedara mejor la armadura modelo IV que a Hastor Sejanus. Que se le recuerde y se celebren sus hazañas, incluso aquí entre nosotros, habla en favor de las cualidades de Sejanus. El héroe más noble de la Gran Cruzada. —Así era como Loken lo describía a los ávidos oyentes—. En épocas futuras, se lo recordará con tal afecto que los hombres le darán su nombre a sus hijos.

Sejanus, con una escuadra de sus guerreros más magníficos de la cuarta compañía, viajó al interior del sistema en una barcaza dorada, y fue recibido en audiencia por el Emperador en su palacio del tercer planeta.

Y eliminado.

Asesinado. Despedazado sobre el suelo de ónice del palacio mientras permanecía ante el trono dorado del Emperador. Sejanus y su escuadra gloriosa —Dymos, Malsandar, Gorthoi y el resto—, todos masacrados por la guardia de élite del Emperador, los llamados Invisibles.

Al parecer, Sejanus no había ofrecido la correcta promesa de lealtad y, con muy poco tacto, había sugerido que en realidad incluso podría existir otro Emperador.

La aflicción del comandante fue total, pues quería a Sejanus como a un hijo. Ambos habían combatido el uno junto al otro para conseguir la obediencia de un centenar de mundos. Pero el comandante, siempre optimista y sensato en tales cuestiones, indicó a su personal de comunicaciones que ofreciera al Emperador otra oportunidad. El comandante detestaba recurrir a la guerra, y siempre buscaba alternativas a la violencia, cuando éstas eran factibles. Aquello era un error, razonó para sí, un terrible, terrible error, y la paz se podía salvar. Se podía hacer razonar a aquel «Emperador».

Era más o menos en aquel momento, a Loken le gustaba añadir, cuando una insinuación de comillas empezaba a aparecer alrededor del nombre del «Emperador».

Se decidió que se enviaría una segunda embajada. Maloghurst se ofreció voluntario al momento. El comandante accedió, pero ordenó que la punta de lanza avanzara hasta colocarse a distancia de ataque. La intención estaba clara: una mano extendida y abierta, en señal de paz, y la otra dispuesta como un puño. Si la segunda embajada fracasaba o recibía un trato violento también ella, entonces el puño se encontraría ya en posición de atacar. Aquel día sombrío, explicó Loken, el honor de estar en la punta de lanza había recaído, mediante el acostumbrado sistema de echarlo a suertes, en las fuerzas de Abaddon, Torgaddon, *Pequeño Horus Aximand*, y el mismo Loken.

En cuanto se dio la orden, se iniciaron los preparativos de combate. Las naves de la punta de lanza se deslizaron al frente, avanzando bajo una pantalla de invisibilidad, y se instalaron las aeronaves de asalto en los transportes de lanzamiento. Se repartió y comprobó el armamento. Se efectuaron y atestiguaron juramentos de combate, y se ajustaron las armaduras en los cuerpos ungidos de los elegidos.

En silencio, tensa y lista para ser la enviada, la punta de lanza observó mientras el convoy lanzadera que transportaba a Maloghurst y a sus enviados describía un arco descendente en dirección al tercer planeta. Las baterías de la superficie los hicieron añicos en el cielo. Mientras los montones de desechos en llamas de la flotilla de Maloghurst desaparecían en el interior de la atmósfera, las fuerzas de la flota del «Emperador» se alzaron fuera de los océanos, surgieron de las nubes altas y de los pozos gravitacionales de lunas cercanas. Seiscientas naves de guerra al descubierto y armadas para el combate.

Abaddon desactivó la invisibilidad y efectuó una última súplica personal al «Emperador» para implorarle que entrara en razón. Las naves de guerra empezaron a disparar sobre la punta de lanza de Abaddon.

—Mi comandante —transmitió éste al corazón de la flota que aguardaba—, no hay modo de hacer ningún trato. Este impostor demente se niega a escuchar.

Y el comandante respondió:

—Ilumínalo, hijo mío, pero perdona la vida a todos los que puedas. No obstante esta orden, venga la sangre derramada de mi noble Sejanus. Diezma a los asesinos de élite de este «Emperador», y tráeme al impostor.

—Y de ese modo —suspiraba entonces Loken—, hicimos la guerra a nuestros hermanos, que estaban tan sumidos en la ignorancia.

Era entrada la tarde, pero el cielo estaba saturado de luz. Las torres fototrópicas de la Ciudad Elevada, construidas para girar y seguir al sol con sus ventanas durante el día, se movían indecisas ante el resplandor oscilante del firmamento. Formas espectrales navegaban a través de la atmósfera superior: naves que trababan combate en una masa arremolinada, trazando breves y disparatadas cartas astrales con los rayos de sus baterías de cañones.

A ras del suelo, alrededor de las amplias plataformas de basalto que formaban los contornos del palacio, el fuego de artillería fluía por el aire como lluvia horizontal, lanzando chorros en espiral de fuego trazador que descendía y se deslizaba igual que serpientes, fulminantes haces de ener-

gía siseante que se desvanecían con la misma rapidez con que aparecían y ráfagas de granadas relampagueantes que recordaban una descarga de pedrisco. Aeronaves de asalto derribadas, muchas de ellas inutilizadas y en llamas, cubrían veinte kilómetros cuadrados del paisaje.

Figuras humanoides de color negro atravesaron despacio los límites de la zona ocupada por el palacio. Tenían la forma de hombres con armadura, y avanzaban pesadamente como si fueran hombres, pero eran gigantes, cada uno con una altura de ciento cuarenta metros. El Mechanicum había desplegado a media docena de sus máquinas de guerra conocidas como titanes, y alrededor de sus tobillos negros como el carbón las tropas corrían al frente en una violenta oleada de tres kilómetros de anchura.

Los Lobos Lunares avanzaban en tropel como la espuma de la ola, miles de refulgentes figuras blancas que se inclinaban y cruzaban a la carrera las plataformas circundantes mientras las detonaciones estallaban entre ellas y elevaban del suelo ondulantes bolas de fuego y árboles de humo marrón oscuro. Cada estallido sacudía el suelo con un impacto rechinante y lanzaba una lluvia de tierra a modo de maldición retardada. Aeronaves de asalto pasaban raudas sobre sus cabezas, en vuelo bajo, por entre las estructuras desgarradas y espaciadas de los titanes, avivando las lentas nubes de humo en ascensión para convertirlas en repentinos vórtices de energía.

En cada casco Astartes resonaba el parloteo del comunicador: voces cortantes que daban órdenes a diestro y siniestro, con un deje enronquecido por la calidad de la transmisión.

Era la primera vez que Loken se encontraba inmerso en una guerra generalizada desde Ullanor. También era la primera vez para la décima compañía. Había habido escaramuzas y peleas, pero nada que los pusiera a prueba, y Loken se alegró al comprobar que su cohorte no se había oxidado. El régimen inflexible de instrucción real y ejercicios extenuantes que había mantenido los había conservado tan combativos y serios como los términos de los juramentos de combate que habían efectuado apenas unas horas antes.

Ullanor había sido glorioso, una tarea dura en la que no se regateó ningún esfuerzo para conseguir expulsar y derrocar a un imperio bestial. Los pielesverdes habían resultado un adversario pernicioso y con capacidad de adaptación, pero los doblegaron y desperdigaron los rescoldos de sus hogueras rebeldes. El comandante había quedado dueño y señor del terreno mediante el empleo de su estrategia favorita en la que era un experto: la ofensiva de la punta de lanza dirigida directamente a la garganta. Sin prestar atención a las masas de pielesverdes, que superaban en cinco a uno

a los cruzados, el comandante había atacado directamente al jefe supremo y a su círculo de mando, dejando al enemigo descabezado y sin dirección.

La misma filosofía operaba allí. Desgarrar la garganta y dejar que el cuerpo se convulsione y perezca. Loken y sus hombres, y las máquinas de guerra que les daban apoyo, eran el filo de la espada desenvainada para tal propósito.

Pero aquello no era en absoluto como Ullanor. No había sotos de lodo ni bastiones de arcilla, ni fortalezas destartadas de metal y alambre desnudos, ni tampoco estallidos de pólvora en el aire u ogros aullantes. Aquello no era una reyerta primitiva decidida por las espadas y la fuerza de la parte superior del cuerpo.

Aquello era guerra moderna en un lugar civilizado. Era hombre contra hombre, dentro de los límites monolíticos de una gente refinada. El enemigo poseía artillería y armas de fuego que eran en todo punto comparables tecnológicamente a las de las fuerzas de la legión, y la habilidad y el adiestramiento necesarios para utilizarlas. A través de las imágenes verdes de su visor, Loken veía hombres con armaduras que dirigían contra ellos armas de energía en las zonas inferiores del palacio. Vio armas montadas sobre orugas, artillería automatizada; nidos de cuatro o incluso ocho cañones automáticos sincronizados sobre plataformas móviles que avanzaban pesadamente impulsadas por patas hidráulicas.

No se parecía en absoluto a Ullanor. Aquello había sido una experiencia terrible. Esto sería un examen. Igual contra igual. Adversarios semejantes enfrentados.

Excepto que, no obstante toda su tecnología militar, al enemigo le faltaba una cualidad esencial, y esa cualidad estaba encerrada en el interior de todos y cada uno de los bastidores de la armadura mkIV: la carne y la sangre mejoradas genéticamente de los Astartes Imperiales. Modificados, perfeccionados, más que humanos, los Astartes eran superiores a cualquier cosa con la que se hubieran tropezado o fueran a tropezarse jamás. Ningún ejército de la galaxia podía esperar jamás ser capaz de igualar a las legiones, a menos que las estrellas se extinguieran, reinara la locura y la legitimidad se invirtiera. Pues, tal y como Sedirae había dicho en una ocasión: «Lo único que puede derrotar a un Astartes es otro Astartes», y todos se habían reído ante aquello. Lo imposible no era nada de lo que tener miedo.

El enemigo —con armadura de un magenta bruñido ribeteado de plata, como Loken descubrió más tarde cuando los contempló sin el casco puesto— defendía con firmeza las puertas de inducción que conducían al

palacio interior. Eran hombres de gran tamaño, altos, de pecho y hombros robustos, y en el punto culminante de su estado físico; pero ninguno de ellos, ni siquiera los más altos, le llegaban a la altura de la barbilla a uno de los Lobos Lunares. Era igual que pelear contra niños.

Niños bien armados, eso había que reconocerlo.

Por entre las arremolinadas nubes de humo y discordantes detonaciones, Loken condujo a la veterana primera escuadra escaleras arriba a la carrera, con las suelas de plasiacero de las botas chirriando contra la piedra: la primera escuadra, la décima compañía, la escuadra táctica Hellebore, gigantes relucientes bajo una armadura de un blanco nacarino, con la insignia de la cabeza de lobo sobre las placas de respuesta automática de los hombros. El fuego cruzado zigzagueaba a su alrededor desde las puertas custodiadas situadas ante ellos, y el aire nocturno relucía por la distorsión que provocaba el calor del tiroteo. Alguna especie de mortero automatizado en posición vertical descargaba un torrente lento de enormes cargas explosivas por encima de sus cabezas.

—¡Eliminadlo! —oyó Loken que ordenaba el hermano sargento Jubal a través del comunicador.

Jubal dio la orden usando el lacónico argot de Cthonia, el mundo del que eran originarios, un lenguaje que los Lobos Lunares habían conservado como su idioma de combate.

El hermano de batalla que llevaba el cañón de plasma de la escuadra obedeció sin vacilar. Durante un resplandeciente medio segundo, una cinta de luz de veinte metros unió la boca de su arma con el mortero automatizado y a continuación el aparato envolvió la fachada del palacio en una estela de abrasadoras llamas amarillas.

La explosión acabó con docenas de soldados. Varios salieron volando por los aires y aterrizaron contraídos y desmadejados sobre la escalinata.

—¡A por ellos! —chilló Jubal.

Un fuego arrasador desportilló y golpeteó sus armaduras. Loken sintió su lejano aguijonazo. El hermano Calends dio un traspié y cayó, pero se incorporó de nuevo casi de inmediato.

Loken vio cómo el enemigo se dispersaba ante su carga. Alzó el bólter. El arma mostraba un corte profundo en el metal de la empuñadura delantera, herencia del hacha de un pielverde durante la batalla de Ullanor, una marca superficial que había indicado a los armeros que no eliminaran. Empezó a disparar, no en ráfaga, sino disparo a disparo, notando cómo el arma daba sacudidas y golpeaba contra sus palmas. Los proyectiles bólter eran explosivos, y los hombres que alcanzaban estallaban como ampollas

o se desmenuzaban igual que fruta reventada. Cada figura desgarrada dejaba escapar una neblina rosa al caer.

—¡Décima compañía! —gritó Loken—. ¡Por el señor de la guerra!

El grito de guerra resultaba todavía extraño, simplemente otro aspecto de la novedad. Era la primera vez que Loken lo proclamaba en combate, la primera ocasión que había tenido desde que el Emperador le había otorgado aquel honor después de Ullanor.

El Emperador. El auténtico Emperador.

—¡Lupercal! ¡Lupercal! —aullaron los lobos como respuesta mientras entraban en tropel, eligiendo responder con el antiguo grito, el apodo que la legión daba a su amado comandante. Los cuernos de guerra de los titanes retumbaron.

Asaltaron el palacio. Loken se detuvo junto a una de las puertas de inducción, instando a los que iban en vanguardia a entrar mientras pasaba revista rápidamente al avance del cuerpo principal de su compañía. Un fuego infernal siguió cayendo sobre ellos desde los balcones y torres superiores. A una gran distancia, una brillante cúpula de luz se alzó repentinamente por el aire, pasmosamente luminosa y vívida. El visor de Loken se oscureció automáticamente. El suelo tembló y un sonido parecido a un trueno llegó hasta él. Una nave insignia de buen tamaño, alcanzada y en llamas, había caído del cielo e ido a impactar en los aledaños de la Ciudad Elevada. Atraídas por el fogonazo, las torres fototrópicas situadas sobre su cabeza se agitaron nerviosamente y rotaron.

Los informes llegaban a raudales. La fuerza de Aximand, la quinta compañía, se había hecho con la Regencia y los pabellones situados en los lagos ornamentales al oeste de la Ciudad Elevada. Los hombres de Torgaddon se abrían paso a través de la ciudad inferior, eliminando a las unidades blindadas enviadas a cerrarles el paso.

Loken miró al este. A tres kilómetros de distancia, al otro lado de la plana llanura de las plataformas de basalto, más allá de la marea de hombres que atacaban, los titanes que avanzaban majestuosos y el fuego racheado, la compañía de Abaddon, la primera compañía, cruzaba los baluartes para penetrar en el flanco opuesto del palacio. Loken amplificó su campo de visión, contemplando cientos de figuras con armaduras blancas que corrían en tropel a través del humo y la lluvia de proyectiles. Al frente de ellas, las figuras oscuras de la escuadra de exterminadores más destacada de la primera compañía, la Justaerin. Llevaban lustrosas armaduras negras, oscuras como la noche, como si pertenecieran a alguna otra legión negra.

—Loken a la Primera —transmitió—. La Décima ha entrado.

Hubo una pausa, una breve distorsión, luego la voz de Abaddon respondió:

—Loken, Loken..., ¿intentas avergonzarme con tu diligencia?

—Ni por un instante, primer capitán —replicó él.

Existía un estricto respeto jerárquico dentro de la Legión, y a pesar de ser un oficial de alto rango, Loken sentía una admiración reverencial por el incomparable primer capitán. Por todo el Mournival, de hecho, aunque Torgaddon siempre había honrado a Loken con muestras genuinas de amistad.

Ahora Sejanus había desaparecido, se dijo Loken. La apariencia del Mournival no tardaría en cambiar.

—Me estoy burlando de ti, Loken —transmitió Abaddon, con una voz tan profunda que el comunicador hacía que algunos sonidos de vocales sonaran poco claros—. Me reuniré contigo a los pies de este falso Emperador. El primero que llegue será quien lo ilumine.

Loken contuvo una sonrisa. Ezekyle Abaddon raras veces había bromeado con él con anterioridad. Se sintió bendecido, elevado. Ser un hombre elegido era suficiente, pero estar con la élite preferida era el sueño de todo capitán.

Tras volver a cargar el arma, Loken entró en el palacio por la puerta de inducción, pasando por encima de la maraña de cadáveres de los enemigos eliminados. El enlucido de las paredes interiores se había agrietado y desprendido, y fragmentos sueltos, como arena seca, crujieron cuando los pisó. El aire estaba lleno de humo, y su visualizador no dejaba de saltar de un registro a otro mientras intentaba compensarse y proporcionar una lectura clara.

Siguió avanzando por el vestíbulo interior a la vez que oía el eco de disparos que surgían de puntos recónditos dentro del recinto palaciego. El cuerpo de un hermano estaba desplomado en una entrada a su izquierda, el enorme cadáver con armadura blanca, extraño y fuera de lugar entre los cuerpos más pequeños de sus enemigos. Marjex, uno de los apotecarios de la Legión estaba inclinado sobre él. Alzó los ojos cuando Loken se acercó y sacudió la cabeza.

—¿Quién es? —preguntó Loken.

—Tibor, de la segunda escuadra —respondió Marjex.

Loken frunció el entrecejo al ver la devastadora herida de la cabeza que había detenido a Tibor.

—El Emperador conoce su nombre —indicó.

Marjex asintió, e introdujo la mano en su nartecium para coger la herramienta reductora. Iba a retirar la preciosa semilla genética de Tibor para que pudiera ser devuelta a los bancos de la Legión.

Loken dejó al apotecario con su tarea y siguió avanzando por el vestíbulo. En una amplia columnata situada al frente, las imponentes paredes estaban decoradas con frescos que mostraban escenas familiares de un Emperador aureolado en un trono dorado. «Qué ciega está esta gente —pensó—, qué triste es esto. Un día, un solo día con los iteradores, y comprenderían. No somos el enemigo. Somos iguales, y traemos un mensaje glorioso de redención. La Vieja Noche ha terminado. El hombre vuelve a recorrer las estrellas, y el poder de los Astartes camina a su lado para mantenerlo a salvo.»

En un ancho túnel inclinado de plata repujada, Loken alcanzó a los elementos de la tercera escuadra. De todas las unidades de su compañía, la tercera escuadra —la escuadra táctica Locasta— era su preferida y la que gozaba de su favor. Su comandante, el hermano sargento Nero Vipus, era su amigo más antiguo y leal.

—¿Qué tal tu humor, capitán? —preguntó Vipus, cuya armadura de un blanco nacarino estaba manchada de hollín y salpicada de sangre.

—Flemático, Nero. ¿Y tú?

—Colérico. Con una furia ciega, de hecho. Acabo de perder a un hombre, y otros dos de los míos están heridos. Hay algo que cubre la intersección situada al frente. Algo pesado. Ni te creerías la velocidad de disparo de esa arma.

—¿Habéis probado a fragmentarlo?

—Dos o tres granadas. Sin el menor efecto. Y no hay nada que podamos ver. Garvi, todos hemos oído hablar de esos llamados Invisibles. Los que asesinaron a Sejanus. Me preguntaba si...

—Déjame las preguntas a mí —replicó Loken—. ¿Quién ha caído?

Vipus se encogió de hombros. Era un poco más alto que Loken, y su encogimiento de hombros hizo que la gruesa nervadura y las poderosas placas de su armadura chocaran entre sí estrepitosamente.

—Zakias.

—¿Zakias? No...

—Hecho trizas ante mis propios ojos. Siento la mano de la nave sobre mi persona, Garvi.

La mano de la nave. Un antiguo dicho. La nave insignia del comandante se llamaba el *Espíritu Vengativo*, y en tiempos de coerción o derrota, a los lobos les gustaba recurrir a todo lo que implicara a modo de amuleto, un tótem de castigo.

—En nombre de Zakias —gruñó Vipus—, encontraré a este Invisible bastardo y...

—Sosiega tu cólera, hermano. No me sirve de nada —observó Loken—. Ocúpate de tus heridos mientras echo un vistazo.

Vipus asintió y dio nuevas instrucciones a sus hombres en tanto que Loken seguía adelante, en dirección a la intersección en litigio.

Era una encrucijada de techo abovedado a la que iban a parar cuatro corredores. La pantalla del visor no le dio ninguna lectura de actividad ni calor corporal. Un vestigio de humo se desvanecía entre las vigas del techo. El suelo de ouslita estaba mordisqueado y acribillado por los cráteres de miles de impactos. El hermano Zakias, cuyo cuerpo no habían recuperado todavía, yacía hecho pedazos en el centro de la encrucijada convertido en un montón humeante de plasiacero blanco destrozado y carne sanguinolenta.

Vipus tenía razón. No había ninguna señal de la presencia del enemigo. No había rastros de calor ni tampoco el menor movimiento; sin embargo, al estudiar la zona, Loken vio un montón de vainas vacías de proyectiles de cobre reluciente que se habían derramado desde detrás de un mamparo situado justo al otro lado. ¿Era allí el lugar donde se ocultaba el asesino?

Se inclinó y recogió del suelo un pedazo de enlucido desprendido, lanzándolo a campo abierto. Se oyó un chasquido, y a continuación un martilleante diluvio de fuego automático rastrilló la intersección. Duró cinco segundos, y durante ese tiempo se dispararon más de un millar de balas. Loken vio cómo las humeantes vainas de los proyectiles salían despedidas de detrás del mamparo a medida que eran expulsadas.

Los disparos finalizaron y una nube de vapor de ficelina empañó la intersección. El tiroteo había dejado un boquete moteado sobre el suelo de piedra y aporreado el cadáver de Zakias al mismo tiempo. Había gotas de sangre y restos de tejido esparcidos por todas partes.

Loken aguardó. Oyó un gemido y el chasquido metálico de un sistema de autocarga. Detectó el calor de una arma que se apagaba, pero no calor corporal.

—¿No has ganado una medalla aún? —preguntó Vipus, acercándose.

—Es sólo un rifle centinela automático —respondió él.

—Bueno, eso significa un cierto alivio por lo menos —repuso Vipus—. Después de todas las granadas que hemos arrojado en esa dirección, empezaba a preguntarme si estos tan cacareados Invisibles no serían «Invulnerables» también. Pediré apoyo de los Devastadores para...

—Sólo dame una bengala —pidió Loken.

Vipus desprendió una de la placa de la pierna y se la entregó a su ca-

pitán, que la encendió con un giro de la mano y la arrojó al corredor situado al frente. La bengala rebotó con un chisporroteo y un fulgor abrasador más allá del asesino oculto.

Hubo un chirrido de servos, y el implacable tiroteo empezó a rugir pasillo abajo en dirección a la llamarada, golpeándola y haciéndola rebotar al tiempo que desgarraba el suelo.

—Garvi... —empezó a decir Vipus.

Loken corría ya. Cruzó la intersección y pegó la espalda al mamparo. El arma seguía disparando. Dio la vuelta al mamparo a toda velocidad y vio el arma centinela encastrada en un hueco; era una máquina achaparrada sostenida sobre cuatro patas acolchadas y fuertemente blindada. En aquellos momentos había vuelto sus cañones cortos, rechonchos y en actividad, de espaldas a él para disparar contra la lejana y parpadeante bengala.

Loken alargó el brazo y le arrancó un puñado de servocables. Los cañones tabletearon y callaron.

—¡Despejado! —gritó, y la escuadra Locasta avanzó.

—A esto se le suele llamar hacer el fanfarrón —comentó Vipus.

Loken condujo a los Locasta pasillo adelante, y entraron en un aposento suntuoso. Otras estancias, igualmente regias, atrajeron su atención algo más allá. Todo estaba curiosamente quieto y silencioso.

—¿Qué dirección, ahora? —inquirió Vipus.

—Vamos a encontrar a ese «Emperador»

—¿Así por las buenas? —resopló su compañero.

—El primer capitán apostó conmigo a que no llegaría el primero.

—El primer capitán, ¿eh? ¿Desde cuándo ha tenido Garviel Loken un trato de amistad con él?

—Desde que la Décima entró en el palacio por delante de la Primera. No te preocupes, Nero, pensaré en vosotros, hombrecillos insignificantes, cuando sea famoso.

Nero Vipus lanzó una carcajada y el sonido surgió de la máscara de su casco como si fuera la tos de un toro tísico.

Lo que sucedió a continuación no hizo reír a ninguno de los dos.